



der y persuadir á la nacion que, libres como esperamos, de esta cruel guerra á que nos han forzado los franceses, y puestos en tranquilidad y restituido al trono nuestro rey y señor Fernando VII, bajo él y por él se convocarán córtes, se reformarán los abusos y se restablecerán las leyes que el tiempo y la experiencia dicten para el público bien y felicidad, cosas que sabemos hacer los españoles, que las hemos hecho con otros pueblos, sin necesidad de que vengan los... franceses á enseñárnoslas...»

Para los españoles no fué política exclusivamente aquella cuestion; fué un nudo de sentimientos, de ideas é intereses que levantó de un golpe la sociedad entera. La invasion por un ejército so capa de alianza y proteccion: la ocupacion por dolo de nuestras primeras plazas fuertes; la propuesta de Carlos IV atribuida á los manejos del enemigo; las vergonzosas estratagemas con que la familia real fué llevada á Bayona; su renuncia y la usurpacion de

la corona; el ultraje á las leyes y costumbres, el vilipendio con que eran tratadas las primeras autoridades; los insultos del soldado á la religion y al carácter español, y las jactancias del oficial el bárbaro sacrificio de los patriotas del 2 de Mayo; todo se juntó para conmover las fibras más delicadas del sentimiento nacional, haciendo de aquella lucha una cuestion de política, de religion, de honor, de orgullo, de existencia. Y de todo esto por un concurso fortuito de circunstancias, vino á ser el simbolo Fernando VII, príncipe desconocido para los españoles, pero hijo de un rey, si no aborrecido, despreciado; pero príncipe á quien habia hecho querido el gobierno torpe é ignominioso de un valido; pero en fin, príncipe español. La patria, la religion, la libertad, las leyes, el porvenir, la honra de los españoles todo quedó resumido en este grito universal: *viva Fernando*. ¡Dichoso mortal! ¡infortunado pueblo!

## CAPÍTULO XV

Estado militar y económico de España al empezar la guerra de la Independencia, comparativamente al de Francia.—Castilla la Vieja: quema de Torquemada: derrota de Cabezón, que abrió á los franceses la entrada de Valladolid: ocupan á Santander.—Aragon: Cataluña: los franceses son rechazados del Bruch: encuentros de Vendrell y Arbós al regresar la expedicion enviada á Valencia: son rechazados segunda vez del Bruch: expedicion de Duhesme contra Gerona: saqueo de Mataró: defensa de Gerona.—Expedicion de Dupont á Andalucía.—Expedicion de Moncey á Valencia: defensa victoriosa de Valencia: Moncey se retira á Albacete.—Horrible saqueo de Cuenca.—Asturias niega á Cuesta sus fuerzas: asesinado Filangieri, toma Blake el mando del ejército de Galicia: únese al de Castilla la Vieja: derrota y saqueo de Medina de Rioseco.

La magnanimidad del pueblo español, al declarar la guerra al primer capitán del siglo y á la primera nacion de Europa, resaltará más al presentar el estado comparativo contemporáneo de las fuerzas militares y los recursos de España y Francia.

Se estimaba la poblacion española de la península en poco más de diez millones, que dan unos setecientos tres habitantes por legua cuadrada. El ejército de tierra se dividia en tres clases: tropa de línea, milicias provinciales y cuerpos urbanos, formando un conjunto de unos ciento treinta mil hombres. La guardia de S. M. constaba de tres compañías de guardias de la persona, tres batallones de infantería española, tres de infantería walona y seis escuadrones de carabineros reales, cuyo total ascendia á seis mil quinientos veintinueve infantes y mil setecientos caballos. La infantería constaba de treinta y cinco regimientos de línea españoles, cuatro de línea extranjeros, seis de suizos y doce de tropas ligeras, cuyo total

era de ciento cuarenta y un batallones, y sesenta y un mil hombres. La caballería constaba de doce regimientos de línea, ocho de dragones, dos de cazadores y dos de húsares; total ciento veinte escuadrones, y diez y seis mil cuarenta hombres. El real cuerpo de artillería tenia cuatro regimientos ú ocho batallones de infantería, con seis compañías de á caballo, cuyo total era de seis mil ochocientos sesenta y ocho infantes y quinientos cincuenta y ocho caballos. Al real cuerpo de ingenieros estaba agregado el regimiento de zapadores minadores. Pero, deduciendo de este total las fuerzas que teníamos en Dinamarca y las islas Baleares, y la quinta parte de las restantes por las bajas ordinarias de enfermos, asistentes, etcétera, resulta lo efectivo en sólo unos cuarenta mil hombres de tropas regulares para oponer á los cien mil que ya ocupaban nuestro territorio.—Las fuerzas del emperador se elevaban á millon y medio de combatientes; el ejército destinado al exterior tenia sobre quinientos mil



infantes y ochenta mil caballos; la fuerza interior era de unos cuatrocientos ochenta mil hombres, y las tropas auxiliares de los países sometidos subía á más de trescientos sesenta mil. También debe advertirse que la población del imperio francés, propiamente tal, comprendiendo los departamentos poseídos antes de 1789, los adquiridos hasta la paz de Tilsit, la Etruria y el Portugal, incorporados por el tratado de Fontainebleau, y la de los Estados federativos, que eran Italia, Suiza, Holanda y la Confederación del Rin, llegaba al crecido número de cerca de sesenta y cinco millones; población de que disponía Napoleón soberanamente en 1808.

El príncipe de la Paz había mejorado notablemente la organización del ejército y creado algunos cuerpos que se echaban de menos, siguiendo en sus reformas á la escuela francesa; pero distaba mucho de su perfección y aún de poder nivelarse con la mayor parte de los ejércitos de Europa. Carecía de comunicación, de unidad y sobre todo de instrucción. En tiempo de paz las fuerzas de cada provincia estaban diseminadas en pequeñas guarniciones que no se juntaban sino rara vez, y que por lo tanto adolecían de la falta del espíritu de cuerpo y de la relajación de la disciplina. En tiempo de guerra su reunión producía un general desconcierto y confusión, porque los cuerpos de una división y hasta los batallones de un regimiento no se conocían; el estado mayor, como improvisado, era un conjunto heterogéneo de capacidades dudosas, desconocidas para el general en jefe y faltas de la práctica de su especial servicio; la reunión de las compañías de granaderos de todas las milicias provinciales tenía el inconveniente de separar al soldado de su jefe natural y de privar de su auxilio á los cuerpos de que procedían. Las milicias no estaban proporcionadas á la población de las provincias y á su situación política ó constitución topográfica. Además las Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia estaban exentas de este servicio, y los tercios que formaban en los casos de apuro no correspondían por su verdadera fuerza á la representación de su número; la tercera clase del ejército se componía de las milicias urbanas, que constaban

de ciento catorce compañías, y nunca abandonaban la localidad á que pertenecían: el cuerpo de inválidos hábiles contaba cuarenta y una; y el de las compañías fijas, ó que tenían á su cargo la custodia de las fortalezas, como los presidios, tenía ochenta y cinco; diez y seis restantes, como los nombres de escopeteros, guardacostas, fusileros ó miñones, se ocupaban de la persecución del contrabando y de los malhechores. Para el reemplazo estaba en uso la recluta voluntaria ó compra y la recluta forzada, ó quintas y levas, medios que, careciendo los regimientos de escuelas moralizadoras, sólo servían para producir un agregado monstruoso de gentes perdidas y de honrados labradores: en las quintas además había mil exenciones que llevaban en pos de sí, con la injusticia, duras vejaciones á las clases pobres y daños considerables á la agricultura.

Mala era la organización de nuestro ejército; pero su principal inferioridad respecto al francés consistía en la instrucción. Una verdadera anarquía había reinado en este punto; «en muchos regimientos subsistía aún la escuela del año 68, en otros se maniobraba según la táctica de 96, en algunos se ejecutaban las evoluciones del reglamento de 98, y el desorden llegó á tal punto que hubo paradas de guarnición en que los soldados de distintos regimientos cargaban el fusil de distinto modo. Entretanto el teniente general don Francisco Solano, gobernador de Cádiz, entusiasta del brillo militar, tenía frecuentes y vistosas paradas, en las cuales se evolucionaba según la instrucción que se dió en Noviembre del año 96, y cuya ejecución estaba prohibida por el gobierno.

Por fin, en 1807, cuando nuestras tropas tuvieron que reunirse á los ejércitos de Junot y Bernardotte, se adoptó generalmente el reglamento del general Figueroa, que no era sino el de la infantería francesa de 1793. Pero esta reforma tardía poco podía haber mejorado la instrucción del soldado al empezar la guerra. El oficial no tenía colegios ni campos militares; tampoco libros; las escuelas del Puerto de Santa María y Ocaña habían desaparecido; de modo que, si alcanzaba á ser un regular comandante



de filas, nunca á poseer la teoría del arte que constituye los generales. Así los que teníamos no eran por lo común más que rutinarios envejecidos con su escasa instrucción.

La administración guardaba uniformidad con ese estado. «Nuestro soldado era tal vez el más recompensado de Europa, los sueldos de los oficiales habían sido fuertemente aumentados por el príncipe de la Paz, y sin embargo los cuerpos estaban en un estado lastimoso, particularmente los de caballería.» Costaba seiscientos millones de reales al año el mantenimiento del ejército, y ni las fronteras se hallaban defendidas ni asegurado el orden interior.

Las fortificaciones, que hubieran podido servir de punto de apoyo á la defensa del país, ó estaban en poder del enemigo ó en un completo abandono, faltas de pertrechos y de víveres. Rosas tenía aún abiertas las brechas desde la guerra con la república; Gerona se hallaba tan abandonada, que Duhesme al pasar para Barcelona, había desdeñado ocuparla; Tarragona, Tortosa y Lérida mostraban todavía los destrozos que dejara en sus murallas la guerra de sucesión. Lo mismo puede decirse, con corta diferencia, de todas las plazas del reino.

Sólo en la marina no era tan considerable la inferioridad respecto á la Francia. Sin contar los buques de menor porte contaba el imperio setenta y dos navíos con una fuerza total marítima de setenta y cinco mil hombres. Nuestra escuadra había decaído mucho desde la muerte de Carlos III: entonces constaba de setenta y tres navíos, cuarenta y cinco fragatas, cien buques de menor porte y siete lanchas cañoneras, y los arsenales estaban bien provistos. Después, á consecuencia de nuestra funesta alianza con la Francia de todos los tiempos, la republicana y la imperial, perdimos seis navíos que se le regalaron por el tratado de San Ildefonso, cuatro en el combate de San Vicente, tres en la toma de la isla de Trinidad, dos que se volaron en el Estrecho, dos en el encuentro de Finisterre, cuatro fragatas apresadas por los ingleses y doce navíos que nos costó la batalla de Trafalgar. La decadencia que siguió á este desastre fué rápida, inconcebible: al empezar la guerra había ciento cincuenta buques desar-

mados, poblando tristemente los arsenales. No obstante, los armados aún eran ochenta y tres, entre los cuales se contaban diez y seis navíos, con cuarenta y cuatro mil hombres á su servicio; pero ¿qué utilidad podían reportarnos en una guerra terrestre é interior, teniendo aparte de eso, la cooperación de la Inglaterra?

Hagamos ahora la comparación de los recursos de la Francia y de España. Las rentas cobradas por el tesoro público del imperio francés habían ascendido en 1807 á unos tres mil trescientos trece millones de reales; y estaban tan proporcionados los gastos con los ingresos que la inversión de aquel mismo año no pasó de unos tres mil ciento veintinueve millones, quedando por consiguiente, á pesar de sus inmensas atenciones, un remanente de ciento noventa y dos.—Al contrario en España, las rentas ordinarias, según el término medio de un quinquenio del reinado de Carlos IV, importaban quinientos cuarenta y nueve millones, que, con ciento cincuenta de América, ascendían á seiscientos noventa y nueve; y las obligaciones del tesoro subían á cerca de mil cuarenta y siete millones: había, pues, el enorme déficit anual de trescientos cuarenta y siete millones de reales. Así sucedía que la deuda de España era de más de siete mil ciento noventa y ocho millones, cuyos réditos sumaban doscientos diez y nueve anualmente, mientras que la del imperio, con ser tantas y tan vastas sus empresas y haber sufrido una gran revolución, no llegaba á ser una mitad más.

Se comprenderá ahora mejor el heroísmo de la nación al lanzarse á una guerra en que debía contar por enemiga á casi toda la Europa. Los pueblos no conocían ciertamente semejante estado tal como nosotros lo ofrecemos ahora á la contemplación del lector; pero no por eso era menos verdadero, y por otra parte, si ellos no conocían en conjunto el estado de la nación, lo sentían en cada localidad de un modo harto doloroso. Los impuestos se cubrían penosamente, y el atraso de todas las clases en sus sueldos era considerable, hasta el punto de deberse catorce mensualidades á algunos regimientos.

El conocimiento de estos hechos, tanto sin duda como las sugerencias del peligro, fueron



la causa de que las provincias sublevadas volviesen la vista á la Inglaterra, hasta entonces enemiga de España, pero desde el sangriento 2 de Mayo identificada con ella en el objeto de su odio. La primera provincia que entabló tratos con el gabinete de San James fué la de Asturias por medio de dos representantes, D. Andrés Angel de la Vega y el vizconde de Matarrosa, más conocido por el título que luego heredó de conde de Toreno. Oigamos á este mismo dar cuenta de su importante misión: «No eran todavía las siete de la mañana cuando pisaron los umbrales del almirantazgo, y su secretario M. Wellesley Pool, apenas daba crédito á lo que oía, procurando con ansia descubrir en el mapa el casi imperceptible punto que osaba declararse contra Napoleon. Poco despues y en hora tan temprana se avistó con los diputados M. Caning, ministro entonces de relaciones extranjeras. En vista de las proclamas y del calor y persuasivo entusiasmo que animaba á los enviados asturianos (comun entonces á todos los españoles) no dudó un instante el ministro inglés en asegurarles que el gobierno de S. M. B. protegeria con el mayor esfuerzo el glorioso alzamiento de la provincia que representaban.» En efecto, el 12 de Junio les participaba oficialmente que su soberano estaba dispuesto á concederle «todo género de apoyo y asistencia,» añadiendo que se hallaba «pronto á extender su apoyo á todas las demas partes de la monarquía española que se mostrasen animadas del mismo espíritu que los habitantes de Asturias.» Siguióse á esta declaración el envío á aquella provincia, de víveres, armas y vestuarios en abundancia, y no de dinero por no haber los diputados creído necesario. Las cámaras habian acogido con asentimiento universal su demanda, y el pueblo inglés celebraba con entusiasmo su decision. «No les era dado á los diputados moverse ni ir á parte alguna sin que se prorumpiese en derredor suyo en vítores y aplausos.» «Entre las demostraciones extraordinarias que entonces hubo, fué una de ellas el de haber sido recibidos los enviados de Asturias con tales aplausos y aclamaciones el primer dia que asistieron á la ópera en el palacio del duque de Queensbury que se suspendió la representacion cerca de una hora.»

Á participar de estos obsequios llegó luego otro diputado de la junta de Galicia, cuyas gestiones, en union con sus compañeros, dieron tambien por resultado la libertad de los prisioneros españoles que sufrían el encierro en los pontones y el envío del primer agente oficial inglés desde el último rompimiento con aquella nacion, que fué Sir Carlos Stuard. La noticia de su llegada á la Coruña esparció una gran confianza hasta en los más tímidos, por ser una demostracion pública y solemne de la cooperacion de la Gran Bretaña.

Ella veia ya realizada la asombrosa profecía que tres años antes saliera de los labios del célebre Pitt. Cuéntase que, hallándose en una comida de campo, á que asistían varios lores, entre ellos sir Arturo Wellesley, luego duque de Wellington, recién llegado de la India, recibió aquel gran político un pliego cuya lectura le dejó abstraído. «Malísimas noticias, dijo al concluir la comida; Mack se ha rendido en Ulma con cuarenta mil hombres, y Bonaparte sigue á Viena sin obstáculo.—Todo está perdido, exclamaron los circunstantes tristemente; no hay remedio ya contra Napoleon.— Todavía lo hay, repuso el ministro, si consigo levantar una guerra nacional en Europa; y esta guerra, prosiguió en tono profético, ha de comenzar en España.» Tal prediccion, que en otros labios hubiera parecido ridícula, fué recibida por los oyentes como un extravío del mal que le aquejaba y de que falleció tres meses despues. Pero Pitt, leyendo en sus semblantes esta interpretacion, les dijo con voz solemne: «Sí, señores, la España será el primer pueblo en donde se encenderá esta guerra patriótica que solo puede libertar á Europa. Mis noticias sobre aquel país, y las tengo por muy exactas, son de que, si la nobleza y el clero han degenerado con el mal gobierno y están á los piés del favorito, el pueblo conserva toda su pureza primitiva y su odio contra Francia tan grande como siempre, y casi igual á su amor á sus soberanos. Bonaparte cree y debe creer la existencia de éstos incompatible con la suya, tratará de quitarlos, y entonces es cuando yo le aguardo con la guerra que tanto deseo.» ¡Prevision admirable de que habria excusa en



dudar si no estuviera satisfactoriamente comprobada!

Napoleon, así que supo la sublevacion de Santander, temeroso de que la Inglaterra enviase allí las expediciones que preparaba, ordenó al mariscal Bessieres, que mandaba en Búrgos, dirigiese sobre aquel punto su principal atencion. El general Merle partió en efecto; pero, hallándose ya en las montañas de Reinosa frente al enemigo, decidido á disputarle el paso, recibió contraórden de retroceder á unirse con el general Lassalle, que marchaba sobre Valladolid; insurreccion que juzgó Bessieres más temible por estar á su cabeza un general de nombradía como era Cuesta, y porque podia muy fácilmente propagarse hasta él y á su rededor cortándole las comunicaciones.

Lassalle, al llegar á Torquemada, halló en la resistencia que le opusieron unos cien de sus moradores apoderados del puente y de las casas inmediatas, un pretexto para hacerse preceder del terror con que creían poder sofocar el levantamiento. Entregaron el pueblo á las llamas, acuchillaron á los defensores, y hasta los ancianos y las mujeres trataron con todo el rigor de la guerra (6 de Junio).

Palencia, con tal ejemplo, franqueó sus puertas al invasor; y no obstante tuvo luego ocasion de conocer que aun con las victorias, los actos de vandalismo podían sólo encrucecer la guerra.

Caminando á Valladolid, se incorporó en Dueñas con la division de Merle, subiendo sus fuerzas á diez mil infantes, novecientos caballos y diez piezas de artillería. Cuesta los esperaba en Cabezon, villa á dos leguas de Valladolid, situada en una buena posicion defensiva, en una eminencia á la orilla izquierda del Pisuerga.

Consistían sus fuerzas en doscientos soldados de caballería de la Reina, cien guardias de corps y unos cinco mil paisanos con cuatro cañones del colegio de Segovia. Ni por su número ni por la disciplina eran considerables; pero debieron serlo por la posicion que tenían si el general hubiese sabido aprovecharla. En vez de cortar el puente para constituir á Cabezon en

una empinada fortaleza con el rio por foso, repartió su gente por ambas orillas, cometiendo además el desacierto de formar en la opuesta en una sola linea la caballería y los paisanos. Los franceses los arrollaron pronto, y con tal impetu, que se precipitaron al puente y á la corriente muchos fugitivos, pereciendo no pocos de apretura y de angustia. En vano el batallón de estudiantes quiso mantenerse firme: lo arrollaron tambien, y los que habian quedado de otro lado, con sus fuegos poco certeros, más que á protegerlos, contribuían á su esterminio. Cuesta entre tanto, habiendo sido de los primeros en emprender la retirada con la caballería, marchaba tranquilamente hácia Valladolid, no para intentar allí nuevo ataque, sino de paso para Rioseco. Atribuyeron algunos sus desastros de aquel dia á una venganza de la violencia con que el pueblo le habia obligado á pronunciarse: otros hechos vendrán luego á acreditar que sus groseras faltas no reconocían otra causa que su menguada pericia.

No concibiendo los vencedores tan fácil abandono de una posicion brillante, aún cañonearon el pueblo hasta que la fuga de los vecinos les convenció de lo infundado de sus recelos. Saqueáronlo, quemaron los efectos de las eras y avanzaron con lentitud sobre Valladolid, á cuya entrada salieron á recibirlos el obispo y varios miembros del ayuntamiento y la chancillería para aplacar su enojo. Allí, en efecto, no hicieron más que desarmar el vecindario, imponerle una fuerte contribucion y llevarse algunos rehenes el dia que tomaron la vuelta de Palencia (el 16), para efectuar la suspendida expedicion á Santander.

Avanzó solo Merle con su division, llegando el 21 al paso de Lanturo, que ocupaba Velarde con unos tres mil paisanos. Poco bastó para que los pusiese en fuga, acogiéndose algunos á la segunda linea de defensa formada en Lasfraguas y Somahoz, que era una excelente posicion: por un cuarto de legua el camino tenía á un lado un monte cortado á pico, llamado por esta razon Roca-Tajada, y al otro un precipicio que terminaba en la corriente del Besaya; además habia sido obstruido por troncos y peñascos, y estaba enfilado por dos cañones.